

## COLABORACIÓN

SANTIAGO MONTOBBIO  
Poeta

**D**ECÍA el otro día, precisamente al empezar a leer Introducción a la poesía española contemporánea -y lo decía porque así lo sentía, y emprender, empezar esta lectura me lo hacía así pensar- cómo es personal la vivencia de la poesía y de los poetas, la que de ellos tenemos, lo que para nosotros son, cómo lo sentimos. Lo pensaba de un modo inevitable, sintiendo, quiero decir, cómo de modo inevitable es así, irremediable, y lo pensaba al acercarme a las vivencias y observaciones -las apreciaciones en que esta vivencia cristaliza- de otro. Que es Luis Felipe Vivanco y sus ensayos dedicados a poetas españoles contemporáneos. Esto siento y pienso, pero he de decir también que mi sentir se ensancha e incluye también el disfrutar sobremanera de sus observaciones, en especial de algunas de ellas, y precisamente por lo que tienen de personal, por la vida que hay detrás de ellas, la vivencia que hay de la poesía y los poetas -como en las mías, puedo pensar, decir y añadir tras un guión. Pero es esto precisamente quizá también lo que me hace apreciarlas y degustarlas y calibrarlas en su valor, saber qué son, qué significan -y en este significado y valor la vivencia y la vida que tienen detrás. Que son las de otro, no las mías, pero a las que accedo y conozco y el conocerlas me causa un gran disfrute, como digo, y digo también su razón, en lo que se me alcanza. Y como pueden comulgar con los de uno -con los tuyos. Así su testimonio y juicio de valor sobre las Elegías de Dionisio Ridruejo, que era, es el mío y fue el que me hizo ir a buscarlas. Y esta vida de otro, esta sensibilidad de otro, este otro sentir -otra vida, otra persona que lee poesía y ama en lo que lee y mientras lee, ama y ahonda y adivina- asoma y se hace restallante a veces en concretos y particulares testimonios -testimonios personales, fe de vida-, en apreciaciones de detalle, detalles que quizá también son medulares, pero así, como destellos o aristas asoman. Y alumbran. Así me sorprende y agrada muchísimo este testimonio que da sobre Federico García Lorca, y que viene de su trato con él: “En mi trato personal con Federico García Lorca siempre he recibido la impresión de hallarme frente al misterio constitutivo de la desigualdad humana, no una desigualdad de facultades intelectuales, o de fuerza vital, o de sensibilidad, sino de los que arrancan de su acierto, a diferencia de los que tenemos que llegar a él”. Es un testimonio muy bonito. Y que dice un acierto. Aciertos concretos como destellos encuentro y me llaman la atención -y los disfruto- en medio y junto a un discurso muy de fondo, y del que forman parte, son también de él. El ahondar y acercarse y desentrañar el fondo, la naturaleza, lo más medular, la vivencia misma de la poesía para un poeta y cómo la ejercita y siente y lleva a cabo en sus poemas. Y en este ahondar, en este discurso de fondo, esmaltado en él de pronto una observación o un matiz, feliz, felices por acer-



## Un ejercicio de estrellas desveladas

~ Luis Felipe Vivanco ~

tados, por llevar mucho en ellos. Mucho ser. Mucha vida. En el capítulo dedicado a Lorca, que tiene momentos extraordinarios, menciona a varios poetas en relación a lo gitano y el casticismo y al final menciona a Alberti y así lo hace, como si le añadiera un epíteto homérico: Alberti, con su apellido italiano felizmente a cuestas. Lo sé, sé que me llama la atención porque yo también llevo un apellido italiano y lo llevo así, lo llevo en la poesía española y felizmente a cuestas. Se puede decir de otras maneras pero mucho dice, y de un modo justo, redondo, de este modo, casi tal un epíteto, como he dicho. Nos dice en el capítulo que dedica a Dámaso Alonso: “Su referencia al misterio a través de su imaginación de lo real, es lo mejor que tiene la poesía de Hijos de la ira”. Así que de este libro del poeta nos está ahora hablando. Y de él nos dice: “Hay momentos en que parece que éste -el poema- se

va a convertir en prosa y en que debería, incluso, convertirse en prosa a través de la pura funcionalidad de sus palabras, pero entonces es cuando nos damos cuenta de que sigue soplando el gran viento de liberación, el verdadero ímpetu formal que lo mantiene entrañado en el ritmo”. Lo sé, sé también que me llega y llama esta apreciación porque también me toca de cerca. Es la razón también de que fuera a buscar, en la poesía de Dionisio Ridruejo, los poemas de su libro Casi en prosa, además de los de Elegías. He hablado a veces de ello. Pero aquí está dicho como quien dice un secreto, una razón secreta y verdadera, incontestable como tal razón y secreto -razón secreta. Detalles, observaciones, que son también de fondo, forman parte del fondo y son un fondo ellos mismos. Son ejemplares, en esta visión de fondo desde la que se hacen, estos ensayos. Así es también la visión y el análisis

de la poesía de Luis Rosales. Pero quiero transcribir un comentario que en él me sale al paso: “Y más adelante, cuando él ya se ha dicho su nombre, de tú: “¿Te llamas Luis?/ Supongo/ que no te llamarás para todos igual”. Este es uno de los grandes o pequeños misterios existenciales que se plantea Luis Rosales en su poema: hasta qué punto nos llamamos para todos igual. Misterio o problema de procedencia unamuniana”. Transcribo apreciaciones y detalles, pero he de decir que me hundo en el fondo, que soy muy sensible a la visión de fondo que de la poesía -y su vivencia y su misterio- hay en estos ensayos. Empecé este segundo volumen por el último, dedicado a Dionisio Ridruejo, tras haber leído la antología poética que de él tengo, y fui luego ya al principio: así Lorca, Dámaso Alonso, Luis Rosales. Ahora estaba empezando a leer el ensayo dedicado a Miguel Hernández. Son apasionantes, en este principio, las meditaciones y observaciones sobre la intelectualidad católica -Ramón Sijé y su Gallo Crisis, y, sobre todo, acerca de la aventura de Cruz y Raya, en la que Luis Felipe Vivanco participó. Vivanco nos habla de primera mano. Con la sensibilidad y el corazón, pero además así -también así. Esto da verdad y excepcionalidad a sus ensayos. Al leer la Antología poética que de él tengo -de Luis Felipe Vivanco- me fijé en el pensamiento, imagen y expresión feliz -todo ello- “ejercicio de estrella desveladas”, y, como me gustó, incidí en mí, lo empleé en una crítica. Lo recordé el otoño en que aún éramos libres, el último otoño, quiero decir el otoño de 2019, o quizá era a principios de 2020, al ir a un concierto en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona. Llegué con tiempo y me senté un rato en el Patio de Ciencias. Recordé que allí, en una de sus aulas, también recordé y empleé

esta expresión, en lo que nos hicieron escribir el primer día en la asignatura “Comentario de textos literarios”. Me volvió del corazón y la memoria, después de tanto tiempo, y lo escribí -allí, en una libreta que llevaba- en un poema. Lo recuerdo otra vez, y lo recuerdo y lo pienso y siento apropiado ante los ensayos, ante la crítica del propio Luis Felipe Vivanco. Y es por esto que otra vez lo recuerdo. Porque yo lo prediqué de la crítica -o del comentario literario- entonces, en mi juventud primera, y lo recuerdo y pienso y digo de la crítica también ahora, y de la crítica de quien escribió este pensamiento en su poesía. Porque la siento, sí, un ejercicio de estrellas desveladas, y que esto es y puede ser también la crítica. Y ejercicio de amor también. “Que ya solo en amar es mi ejercicio” es el verso de San Juan de la Cruz sobre el que Altolaguirre le llamó la atención a Luis Cernuda, como él nos recuerda y yo he recordado muchas veces y ahora también lo recuerdo y uno a este ejercicio de estrellas desveladas, ejercicio de amor también. Al amor y en el amor de la palabra y para la palabra. En su lucidez y su pasión. Así un ejercicio de amor, un ejercicio de estrellas desveladas.